

Ved ahí hacinados, por decirlo así, los efectos de la ignorancia y de la miseria que roen y devoran la porción mas numerosa del Estado. Los que pintan con colores exagerados la mendicidad de Italia no han venido á estudiar la de Inglaterra en aquellos lugares ciertamente de oprobio para el país que puede mantenerlos en su seno. En los Estados del Papa, en Nápoles, en Toscana, se encuentran, es verdad, cientos de mendigos que piden una limosna vestidos de andrajos; en Inglaterra, donde esto es prohibido por bandos severos de policía, los mendigos no piden por las calles con libertad; pero á pesar de esto se presentan en todas partes ancianos achacosos que limpian el camino, y mujeres rodeadas de niños que cantan su pobreza, esperando recibir algo de los que pasan. Y no obstante aquella prohibicion, en todos los lugares el corazon caritativo encuentra á millares personas de la misma fisonomía, y que hacen, aunque con cierta reserva, igual peticion que los mendigos de Italia. Una diferencia muy notable existe, sí, entre unos y otros: estos piden en nombre de la religion, que manda socorrer; mas los otros hablan solo en nombre de la humanidad..... esta siempre es estéril, á pesar del culto con que la ha divinizado el protestantismo; los primeros, además, no se entregarán á excesos cuando la limosna no llégue á socorrerles, miéntras los segundos no conocen absolutamente la resignacion, hija de otros principios y de otra fe.

¿Y podrá decirse que en la conciencia de un pueblo devorado por gangrenas tan monstruosas existe el elemento salvador? ¡Ah, que en el siglo de las realidades no es lícito á la imaginacion alimentarse de utopias! La teoría de esta asercion será bella, si se quiere, pero del mismo modo que lo son los hermosos cuadros de educacion popular estampados sobre el papel de las memorias de los *comités*, y cuyos efectos saludables no alcanza á percibir un pueblo sumido en la ignorancia y en la miseria mas profundas. Los hechos que consigna el capítulo siguiente manifiestan lo que hay de realidad.

CAPÍTULO XIV.

Previsiones. — Avances del socialismo. — Solo la unidad salva. — Esta no existe. — El espectáculo. — La Inglaterra dispierta. — Desarrollo del catolicismo. — Cuadro de propagacion. — Las necesidades sociales socorridas por el catolicismo. — La abadia del Cister. — Las órdenes regulares. — El catolicismo penetra en todas partes. — Los conventos y las escuelas de los católicos. — Diferencia del sistema de educacion de católicos y protestantes. — Memorias de un noble lord. — La serie de victorias.

Los hombres que piensan y al traves de los tiempos divisan con la vista de su inteligencia el desenlace postrero de los sucesos, se asombran contemplando el que prepara á Inglaterra su actual estado moral: invadida, fatigada y despedazada por el materialismo, el ateísmo, la degradacion de costumbres, la herejía y la impiedad, la divisan caida al fin en las manos ensangrentadas del socialismo, y morir al filo de su espada destructora, para enriquecer con los despojos de sus palacios esa generacion que hoy pide en vano para alimentarse los desperdicios de los criados de los grandes. — Este pronóstico, léjos de parecer aventurado, no debe considerarse sin embargo mas que como el efecto preciso y natural del curso de los hechos. Ese inmenso pueblo, que hemos considerado sumido en la ignorancia y en los vicios, es trabajado incesantemente por gentes que le inspiran ideas subversivas, inmorales y revolucionarias. Los millones de trabajadores que mueven las fábricas alimentan su espíritu, ó de las producciones inmundas que les envia una turba de escritores plagada de vicios, ó de artículos subversivos donde

aprende á conocer derechos imaginarios, pero que excitan vivamente sus pasiones y le disponen para los trastornos. El número de semejantes publicaciones es crecido, y sus efectos ya principian á sentirse. En las entrañas del pueblo se dispierta un odio profundo contra los ricos, que ve nadar en la opulencia y vivir en la ociosidad, mientras mil individuos no tienen un pedazo de pan que comer, sino despues de ganarlo con el sudor de su frente; en su corazon, que no obedece otro resorte que el de pasiones ciegas, bulle el deseo intenso de goces que no podrá satisfacer, sino lanzándose en la carrera de los crímenes; y su entendimiento, sin fe y sin esperanza de bienes futuros, no puede resignarse á dejar de poseer la felicidad presente que los ricos compran con bienes que, á su parecer, deberían ser comunes.

Lóndres (1), Liverpool y todas las grandes ciudades de Inglaterra tienen en su seno centenares de clubs donde estas ideas se inculcan á la multitud que los llena, donde no se reconoce ni se predica otro Dios que la razon, y donde el socialismo derrama su monstruoso sistema sin restriccion de ninguna especie. Los revolucionarios que colocaron la Europa al borde de su precipicio en 1848, lanzados de Alemania, Italia y Francia sobre las costas de Inglaterra como una verdadera plaga, han impulsado la accion de aquellos sobre la clase obrera. Las escenas que allí se representan son en todo semejantes á las que presencié la Francia en el principio de su gran revolucion del siglo pasado: abolicion de los principios sociales, abolicion de la moral, deificacion del ateísmo racionalista, son la doctrina que enseñan sus directores; guerra á los que obran en nombre de la ley, guerra á los que dirigen los destinos de las naciones, guerra á los que hablan al pueblo en nombre de la Religion; odio eterno al poder, y el cadalso y la guillotina para cuantos lo ejer-

(1) Los clubs socialistas que hoy funcionan en Lóndres son mas de ciento.

cen, es el programa que recomiendan á la consideracion de los afiliados, en nombre de la libertad que les prometen.

Verdad es que la parte sensata de la nacion no participa de estas ideas, sino que al contrario las rechaza y las condena; mas ella no puede servir de áncora en el día del peligro. La unidad es el único elemento salvador, porque en él está la fuerza; la unidad que tiene su raíz en la conciencia; la unidad que señala un solo camino para obrar, que no admite complicaciones, hijas de influencias extrañas, y que hoy condenará lo mismo que condenó ayer, porque sus principios son esencialmente invariables: esta unidad, efecto exclusivo de la fe, está muy distante de existir en Inglaterra. Á la escision del clero, depositario de la doctrina, sigue la division de los creyentes, y la conciencia de aquellos, agitada por la incertidumbre y trabajada por las contradicciones, se refleja en la de sus sectarios. Los cristianos en Inglaterra están divididos en tantas sectas que seria difícil conocerlas todas: desde la *Reforma anglicana* sancionada por Enrique VIII é Isabel, su hija, hasta los *Saltantes*, y desde los *Episcopales*, primer ramo cortado de aquella, hasta los *Universalistas*, son infinitas las divisiones y subdivisiones que nacen y se desarrollan de día en día entre los creyentes. No hay secta, por extravagante que sea, ni principio religioso, por absurdo que parezca, que no tenga eco en algunas personas: basta saber que la de los *jumpers* (saltantes) con sus gestos obscenos, con sus ceremonias repugnantes y con las torpes orgías que siguen los domingos á sus prácticas religiosas, y los *ranterers* con sus ademanes ridículos y su brutal gritería, han encontrado prosélitos en el reino de la Gran Bretaña.

Estas mil sectas se aborrecen mutuamente, se desacreditan y se hacen guerra á muerte, en el púlpito y por la prensa, porque sus intereses son contrarios: un solo sentimiento aproxima las unas á las otras, y es el odio que todas profesan al catolicismo. En medio de esta division de con-

ciencias, claro es que no existe la unidad de conciencia que salva á las naciones del precipicio en que las hunde el socialismo anárquico y revolucionario; claro es que ménos existe esa unidad de fe que agrupa así al noble como al simple ciudadano en rededor de la autoridad minada por principios disolventes; esa unidad, en fin, que permite ver á un pueblo del mismo modo que si fuese un solo hombrs cuando se trata de la gran causa nacional, la causa de la fe, mas importante y mas noble que cuantas pueden interesar á la sociedad.

Sin embargo la semilla de esa unidad que liga estrechamente á los miembros de la sociedad con los lazos de unos mismos principios y de una misma conciencia existe en Inglaterra, y la vemos crecer y desarrollarse progresivamente. Miéntras que las sectas mas absurdas y los sistemas mas inmorales han podido contar, para desenvolverse, con la libertad ilimitada que conceden las instituciones del país, este elemento ha sido objeto de contradiccion y de persecucion para el pueblo mismo que está destinado á salvar. Considerando la marcha del catolicismo en el seno de Inglaterra, el alma presencia desde luego uno de esos espectáculos grandes que le ofrece, no el desarrollo natural de los sucesos humanos, no el exacto cálculo de la sabiduría de un político, sino el cumplimiento de las disposiciones admirables de una Providencia todopoderosa, cuyos misterios hemos de adorar con respeto y reconocimiento.

Tres siglos de lucha continua entre la soberbia Albion, rival por su grandeza de la orgullosa Roma, envanecida por la prosperidad mundana de que se ve colmada, y destinada como se cree á figurar siempre la primera entre las naciones, y un puñado de proscritos que todo lo perdieron, ménos la conciencia, parecen declinar al fin, dejando la victoria, no al poder de la tierra, ni á los recursos formidables de que este dispone, sino al que era juzgado como débil y despreciable en concepto de los hombres. « Mas para que la Inglaterra no sea humillada por esta victoria de la fe, por

» una raza extranjera, Dios permite operarse en el seno del
 » clero anglicano un movimiento tan impensado como prodigioso hácia la tradicion, hácia la autoridad, hácia la unidad romana. La fe del grande Alfredo, de san Anselmo y
 » santo Tomas de Cantorbery recupera sus derechos en el alma
 » de sus hijos. Despues de una lucha tan dilatada como vana,
 » inspirada por la insensata esperanza de encontrar un término medio entre la verdad y el error, entre la unidad y
 » el cisma, lo mas selecto del clero anglicano se separa, y sacrificando beneficios, riquezas, antiguas relaciones de
 » amistad y parentesco, vienen á engrosar la legítima milicia del Santuario, ó á edificar al mundo con el fervor
 » humilde de las virtudes propias del estado seglar (1). »

Nada ha podido detener este majestuoso movimiento; y sus enemigos de toda clase y condicion, despues de romper sus armas en el combate, humillados y vencidos, si no confiesan de voz en cuello su derrota como el apóstata Juliano, tienen que sofocar el grito de la conciencia, que les acusa de traicion ocultando la verdad de la misma manera que los guardas del sepulcro, testigos de la resurreccion de Jesucristo. Á un fiero combate de trescientos años en que el poder mas fuerte y mas extendido de la Europa no reportó mas ventaja que haber conocido por experiencia propia *que el catolicismo es invencible*, han seguido los esfuerzos desconcertados de los sectarios que, imitando á los artistas de Éfeso (2), excitan el fanatismo de la plebe contra los adoradores de la Cruz, y explotan en provecho propio la ignorancia y la supersticion del pueblo con sacrificio de la verdad que les condena.

Sobre las plataformas de Exeter-Hall ha sido proclamada por ministros anglicanos la necesidad de restablecer el régimen de Isabel y Cromwell, como el único medio para de-

(1) *Des intérêts catholiques*, etc. (Montalembert.)

(2) *Hechos de los Apóstoles*, cap. xix.

tener los progresos del catolicismo. No pasa un domingo en que la emancipacion católica no sea denunciada por los pastores á sus feligreses como objeto de execracion: cada dia la prensa protestante excita al populacho contra los católicos y contra sus presbíteros, á quienes los ministros desde lo alto de sus cátedras llaman *idólatras*, acusan de crímenes enormes, y recomiendan al odio de una muchedumbre fanática. Excesos son estos del protestantismo, que predica tolerancia al catolicismo, sin que este haya jamas autorizado hechos semejantes. La incredulidad y el ateísmo se unen al cisma protestante en esta guerra contra la religion católica: en los *meetings* los impíos, los revolucionarios, los apóstatas, los que nada creen, los que viven abandonados á los vicios mas abominables, toman asiento entre los ministros de la reforma; y el grito: ¡*Muera el papismo!* dado por los pastores de la reforma de Lutero va siempre seguido del: *Abajo el papa, abajo los soberanos, abajo las leyes!* tema de Gavazzi, Mazzini y demas revolucionarios del continente.

¿Pero acaso pueden algo los esfuerzos humanos contra la Virtud Divina? Esos hombres que se fatigan por detener el curso que una mano invisible y todopoderosa traza á su Iglesia, no son al fin mas que testigos abonados de la impotencia humana; ó bien son los vencidos que, atados al carro de la fe triunfante, contribuyen á realzar el esplendor de su victoria. La Inglaterra, adormecida trescientos años en el lecho del materialismo y demas vicios que le acarrió su desventurada reforma, despierta hoy, pero fatigada, como el hombre despues de un largo sueño, durante el que su imaginacion ha corrido de lance en lance los riesgos mas inminentes, y sufrido los dolores mas intensos; despierta, sí, pero horrorizada, porque ve su situacion peligrosa: las hondas heridas que abrieron en su seno el ateísmo, el materialismo y la falsa filosofia son otras tantas sentencias de muerte que lleva consigo, y que mas temprano ó mas tarde

la arrastraran tambien á la arena en que sucumbieron, liadiando los imperios mas florecientes. Despierta, sí, pero para convencerse que las utopias de la reforma que ha alimentado tres siglos no pueden salvarla del golpe mortal que ve venir sobre sí.

Esta reaccion no es la obra de un gobierno empeñado en hacer prevalecer ciertos principios, es el fruto de la razon que se detiene para meditar sobre el porvenir que le preparan las doctrinas que forman su creencia, ó mas bien es la victoria de la fe alcanzada sobre el corazon humano, que ama lo que le halaga. «*Estamos seguros, dice un pensador*» profundo de nuestro siglo, que el fanatismo de la herejía» no se dejará vencer en un dia: los antecedentes vulgares,» las aprehensiones de los hombres de Estado, el odio pèr-» fido de los legistas (en todas partes enemigos de la Igle-» sia) preparan todavia lazos y conflictos á la paciencia y al» valor de los católicos ingleses. Estos tendrán aun mas de» una injuria que sufrir, mas de una multa que pagar, mas» de una campaña que sostener, como la del *bill* contra los» títulos eclesiásticos. Mas nada de todo esto podrá crear un» obstáculo serio, como tampoco pudo crearlo aquel *bill*.» Nada podrá cambiar el fondo de las cosas. Nada debilitará» la fuerza incomparable que la causa católica cobra en la» publicidad, en la equidad, en la discusion, en el conjunto» de las costumbres políticas y en las instituciones liberales» de Inglaterra. Ya en las dos cámaras los hombres de Estado» más eminentes, los depositarios de los grandes principios» de sir Roberto Peel, mantuvieron generosamente, aunque» á precio de la popularidad del momento, los derechos de» sus conciudadanos católicos (1); y despues de las eleccio-» nes últimas la falange católica enviada por la Irlanda á la

(1) Es bien sabido que M. Cardwell, uno de los cólegas de sir Roberto Peel en el ministerio, y otros miembros distinguidos de su partido, han sido excluidos del parlamento en las últimas elecciones, á causa de su

» cámara de los comunes aparece árbitro de la situación en
 » medio de la lucha de los partidos. Si estos miembros ca-
 » tólicos saben conducirse con prudencia y legalidad, si lle-
 » gan á tener un jefe capaz de dirigirlos, está asegurado el
 » porvenir del catolicismo en Inglaterra. ¡ Oh misterio de la
 » misericordia y de la omnipotencia de Dios ! ; No hace un
 » siglo todavía que la primera petición dirigida á obtener la
 » emancipación de los católicos fué arrojada á puntapiés por
 » encima de la barra de esta misma cámara, cuyos miembros
 » católicos son hoy los árbitros de la política inglesa (1) ! »

Este triunfo tan señalado de la verdadera fe sobre el error y las pasiones de tres siglos ofrece al mundo el espectáculo de innumerables templos dedicados al culto, de pastores que predicán con celo la doctrina pura del Salvador, de la jerarquía eclesiástica restablecida después de tres siglos de proscripción, de monasterios tan florecientes que hacen recordar la época de S. Anselmo, Beda y S. Roberto. Los seminarios eclesiásticos, los asilos católicos para huérfanos, las casas de educación, todos esos establecimientos, en fin, en que el fervor de la caridad cristiana se retrata con tanto honor del catolicismo que la inspira, como provecho de los desgraciados que la reclaman, vuelven á aparecer en el seno de la nación en otra época la más querida de la Iglesia, después su enemigo encarnizado y hoy su hijo arrepentido.

El siguiente cuadro, extractado de documentos fidedignos, nos muestra este desarrollo rápido del elemento católico en Inglaterra, que presencian todos en medio del asombro que inspira su consideración. Un vicario apostólico bastaba hace un siglo para las necesidades de los raros católicos sin templos, sin cementerios y sin ningún medio de

oposición valiente al *bill* de sir John Russell contra la jerarquía católica. Pero todo anuncia que esta exclusión será solamente temporal. Ella se encuentra en la carrera de Burke y en la de la mayor parte de los hombres independientes de todos los países libres.

(1) *Des intérêts catholiques.* (Montalembert.)

profesar públicamente su religión, proscrita además por leyes tan rigurosas como injustas del parlamento. La sombra de los árboles ó un salón retirado y de propiedad particular recibía de cuando en cuando á estos fieles, cuya fe no habría sido sometida en aquel siglo á pruebas tan severas sino en Tonkin ó Cochinchina. Pero el tiempo corrió, y la espada justiciera que vibraba sobre la Gran Bretaña para castigar las profanaciones del Santuario, la apostasía del trono, la muerte y el destierro del Sacerdocio y la proscripción del verdadero culto principió á declinar. El horizonte oscuro y borrascoso permitió divisar alguna luz, y al través de esta la bonanza que no disfrutaron seis generaciones heroicas de católicos. Trece diócesis (1) erigidas en 1849 cuentan hoy en el territorio de Inglaterra y el país de Gales cerca de dos millones, es decir, el noveno del total de la población. Según los datos oficiales del gobierno, los católicos subían en esta misma parte del territorio inglés en 1767 á sesenta y siete mil novecientos diez y seis, y trece años después había crecido este número. En 1800 era el duplo, y hoy, dejando atrás todo cálculo humano, llega á la enorme cifra que hemos fijado antes. Los templos, siguiendo la misma proporción, acreditan bien este progreso. Mientras que en 1780 existían apenas doscientos, ó, hablando con más propiedad, doscientas pequeñas capillas ó modestos oratorios, en 1853 se contaban ochocientos doce iglesias, las que siendo aun insuficientes para recibir la multitud del pueblo que las invade, ha hecho emprender la construcción de otras nuevas. Seis se fabrican hoy solamente en Londres (2), y el número de las que se levantan fuera de la capital es muy

(1) Son las siguientes : Westminster, Southwark, Rexham, Beverley, Liverpool, Salford, Shrewsbury, Newport ó Menevia, Clifton, Plymouth, Nottingham, Birmingham y Northampton.

(2) Expresamos el nombre de ellas y el de su barrio : Santa Ana Spitafields, San José Poplar, Santa Helena Bayswater, San Alejo Kentistown, Barned Commercial-road y Brompton.

crecido (1). Los cabildos eclesiásticos se encuentran establecidos en todas las catedrales, y el clero llena en cada parroquia las funciones á que está llamado por derecho. Yo he visitado con asiduidad un crecido número de estas tanto en las ciudades como en la campiña de Inglaterra, y no podré asegurar si el celo del clero que las sirve me edificaba mas que la devocion fervorosa del pueblo que las concurre. El clero hace oír su voz en todas partes, predica en los templos, exhorta y aconseja en el confesonario, instruye en las escuelas, consuela en los hospitales y visita en las prisiones. La prensa protestante lo ha recomendado mas de una vez como modelo á su propio clero. Él se forma en los seminarios de S. Edmundo y de S. Cumberto en Inglaterra, y en otros que existen en Roma, Valladolid y en diversos puntos de Europa.

En el estado actual de la sociedad, cuando sus individuos viven anegados en un materialismo voluptuoso, cuando el oro y los placeres han adquirido un ascendiente sin límites sobre corazones y entendimientos desnudos de fe, y cuando el individualismo mas absoluto emancipa al cristiano de la caridad que es su alma, el catolicismo, que comprende la causa de las enfermedades sociales, y conserva en su seno la medicina á propósito para sanarlas, introduce en Inglaterra los institutos monásticos llenos de ese primitivo fervor que excitó el asombro del mundo en la época de su aparicion. El catolicismo, conservador celoso de sus principios divinos, lleva en su práctica un elemento de reforma social, pero á la vez que lo dilata con la palabra y con el ejemplo,

(1) Las que hemos podido averiguar son las siguientes: Ashton-under-Line, Lancashire, Buckland, Berkshire, Dominican's Wodchester, Crook Durham, Coughton, Warwickshire, Carmel House Durham, Chesterfield, Derbyshire, Hyde, Cheshire, Leith, Edinburgshire, Leyland Lancashire, Lydiate Lancashire, Leeds, Yorkshire, Minsteracres, Northumberland, Newton Head Lancashire, Torquai, Dewons^hire, Wolsingham Durham y Wolverhampton en Staffordshire.

cuida de manifestar prácticamente hasta qué grado puede perfeccionar la virtud de los hombres; que sus máximas no son bellas teorías, ni el ejercicio perfecto de su santa moral *un vano entusiasmo ó un piadoso delirio*, como lo llama Lutero, sino el efecto de la gracia sobre el hombre que encuentra en los consejos evangélicos un tesoro que proporciona goces muy superiores á los que le ofreció la tierra, envueltos en oro vil y en placeres mezclados con dolor y llanto. Quien visite alguno de los monasterios de Cistercienses establecidas en Inglaterra, comprenderá desde luego que la ejecucion de los principios materialistas no son el estado natural del hombre; que existe otro en el cual la abnegacion propia da paz al alma; trabajando continuamente con el cuerpo y el espíritu se robustecen las facultades físicas; derramando el fruto del trabajo sobre la indigencia y la miseria de los pobres se lleva á estos el consuelo, miéntras el propio corazon se aniega en ese torrente de inexplicable dulzura que producen las obras de perfecta caridad.

Allí el sonido de la campana señala á los fervorosos reclusos la division de su tiempo entre la oracion y el trabajo, entre Dios y el hombre, de suerte que su vida viene á ser una serie de ejercicios dispuestos de tal manera que el espíritu y el cuerpo jamas quedan ociosos. Unos trabajan en el cultivo del campo, de la huerta y de los jardines, otros estudian en la biblioteca, otros enseñan en la escuela, los sacerdotes predicán y confiesan; sus puertas están llenas de pobres á toda hora, porque en ellos hallan una providencia viva que socorre sus necesidades físicas, y porque ademas en los sufrimientos de espíritu, mas dolorosos todavía que la misma pobreza, allí encuentran medicina á propósito para su curacion perfecta. Si; no son las puertas de los palacios de los nobles ni las de los ricos banqueros las que van á tocar los pobres, ni á los frios ministros de la reforma á quienes busca el que sufre para comunicar sus penas, porque la pobreza es rechazada ordinariamente de los lugares donde reinan el

lujo y la soberbia, y el dolor para desahogarse prefiere al hombre que por un voto solemne se desprendió de sí propio, de sus afecciones naturales y del mundo todo para vivir hecho siervo de todos y para todos.

Á la filosofía materialista repugna este lenguaje; es verdad, repugna, porque ella en el dolor no conoce ni busca los sublimes consuelos de que es capaz el alma que cree y espera; y porque para su corazón no existe mas que una especie de contento que la moral rechaza y la religion condena. Este no se encuentra en los claustros de los monjes.... Pero si los espíritus fuertes educados bajo la influencia de aquellos principios han ahogado en su alma estos sentimientos nobles, el corazón cristiano los abriga muy intensos, los busca, se alimenta de ellos, le inspiran grandeza de espíritu, y le vuelven la paz y la alegría. Considérenlos como quieran: sus diatribas valen tanto como sus elogios; y si estos carecen de valor para honrarlos, no son aquellos ménos impotentes para calumniarlos. Por lo que á mí toca, lo que observé en la abadía de Leicestershire, y lo que observan en las demas todas los que las visitan, no puede ménos de despertar en el corazón los sentimientos de amor, benevolencia y gratitud que los bienhechores del género humano se conciliarán siempre en todas las regiones del globo. Estoy cierto que para esos corazones que practican la perfecta abnegacion, todo esto nada vale. Los elogios del *Times*, enemigo dado de la causa católica, que les llamaba *salvadores de los pobres*, cuando en el año pasado repartían sus granos graciosamente á esas turbas acosadas por el hambre, ni las bendiciones de las víctimas que rescatan de la miseria, es lo que les satisface: el objeto que buscan es Dios, y á él sirven haciendo beneficios al hombre en cuya alma aquel Ser adorable estampó su imágen.

Mas este espíritu de caridad no está reducido al estrecho limite de las abadías: destinado por la Providencia para luchar cuerpo á cuerpo con el egoísmo miserable que domina

la generacion presente, se derrama por las ciudades y por los campos, y á pesar de los obstáculos que necesita vencer, deja sentir en todas partes su accion benéfica. Tal es la mision que desempeñan en Inglaterra, Escocia y país de Gáles los Benedictinos, los Dominicanos, la Compañía de Jesus y las demas órdenes religiosas. Humanamente hablando, parecerá un sueño la existencia de congregaciones regulares en el seno del protestantismo, que las aborrece y persigue como adversarios formidables; mas el desprecio, la proscripcion y aun la muerte misma son armas que, empleadas contra el catolicismo, pierden completamente su eficacia. Él solo tiene la virtud admirable de hacer á sus ministros superiores á toda especie de temor y de intereses, de tal modo que puede decir con verdad: « Nada ha podido impedirme la ejecucion del ministerio que recibí de Dios (1). »

Lóndres, esa inmensa metrópoli del protestantismo, tan susceptible hace poco que no toleraba en su recinto que los presbíteros católicos llevasen cuello clerical como muestra de su carácter, y que con vergonzosa intolerancia les hacia purgar con multas pecuniarias esto que ella y solo ella podia llamar delito, hoy ve florecer en su seno comunidades de Jesuitas, Redentoristas, Pasionistas, Oratorianos y Oblatos de María. Las ciudades mas mercantiles, los pueblos manufactureros presencian este mismo espectáculo, que en época poco distante de la nuestra habria provocado furiosos edictos del gobierno, y hoy se apoya en la conciencia de una gran parte de la nacion que lo exige, y de la inmensa mayoría que lo tolera, porque conoce su utilidad.

El protestantismo pudo señalar algun día ciertos puntos de Inglaterra como exclusivamente suyos, y mantenerlos cerrados del todo para el ejercicio de cualquiera otro culto que no fuese disidente del católico. El fanatismo de los habitantes, excitado por sermones incendiarios de sus minis-

(1) *Hechos de los Apóstoles*, cap. xx.